

13. EL CUARTO CAMINO DE GURDJIEFF

El sistema espiritual que George I. Gurdjieff (1877-1948) trajo a Occidente tras viajar extensamente por Asia, donde conoció a «hombres notables», es, en palabras de su discípulo Orage, el conjunto de enseñanzas religiosas orientales disfrazado «en una terminología que no aliene las mentes objetivas de los pensadores occidentales». Ouspensky (1971), otro estudiante de Gurdjieff, llama al sistema una «escuela esotérica», no apropiada para los gustos de las masas, la cual dice *cómo* hacer lo que las religiones populares enseñan que *hay* que hacer, es decir, la transformación de la propia conciencia. El mismo Gurdjieff lo llamó «el Cuarto Camino»: no la senda tradicional del faquir, monje o yogui, sino la del «hombre astuto» que no se retira del mundo en meditación solitaria sino que obra sobre su conciencia en el espejo de sus relaciones con la gente, los animales, la propiedad y las ideas. En una etapa avanzada, el estudiante de Gurdjieff debe compartir su conocimiento adquirido con otros, a fin de

El cuarto camino de Gurdjieff

avanzar todavía más, por lo que se han desarrollado numerosos grupos Gurdjieff de segunda, tercera y cuarta generación, cada uno con su propio estilo e idiosincrasia. Dado que la escuela original de Gurdjieff hacía uso de una gran variedad de técnicas, cualquier grupo reciente de su Cuarto Camino puede o no hacer uso de los métodos comentados aquí, que son principalmente los de Ouspensky.

Gurdjieff dice que la mayoría de la gente está «dormida», llevando una vida de respuesta automática a los estímulos. «El hombre contemporáneo», escribe Gurdjieff (1971), «se ha desviado gradualmente del tipo natural que debería haber representado... las percepciones y manifestaciones del hombre moderno... representan sólo los resultados de los reflejos automáticos de una u otra parte de su totalidad.» Al igual que Buda, Gurdjieff entiende que el estado normal del hombre es el del sufrimiento. Como somos incapaces de ver la situación tal como realmente es, los seres humanos seguimos dominados por el egoísmo, las pasiones animales tales como el temor, la excitación, y la cólera y la busca del placer. Sin embargo, el sufrimiento puede impulsarnos hacia la libertad. El camino hacia la liberación no son las nociones convencionales de la vida virtuosa, sino un programa intencional de autotransformación. El remedio que Gurdjieff ofrece comienza con la observación del yo. Kenneth Walker (1969: p. 206), quien estudió con Ouspensky y Gurdjieff, lo expresó así:

Estamos apresados dentro de nuestra mente, y por muy lejos que la extendamos y muy bien que la adornemos,

seguimos confinados dentro de sus muros. Para escapar alguna vez de nuestra prisión, el primer paso ha de ser que nos percatemos de nuestra verdadera situación y, al mismo tiempo, nos veamos a nosotros mismos como somos realmente y no como imaginamos que somos. Uno puede hacer esto si se mantiene en un estado de conciencia pasiva...

Walker describe aquí el «recuerdo de uno mismo», técnica que consiste en dividir expresamente la atención a fin de dirigir una porción de vuelta a uno mismo. Dentro de sus yoes múltiples y fluctuantes, uno establece una conciencia que sólo observa a todo lo restante: el «yo observador» o el «testigo». Al principio hay una gran dificultad para llegar a un yo observador estable, y el principiante se olvida continuamente de recordarse a sí mismo, de modo que la observación de uno mismo se disuelve en su habitual identificación plena con cualquier «yo» que haya dominado su mente en un momento dado. Pero con persistencia el recuerdo de sí mismo se refuerza, pues, según Ouspensky, «cuanto más apreciamos nuestro estado psicológico presente de sueño, más apreciamos la urgente necesidad de cambiarlo». El recuerdo de uno mismo es como la atención. La postura psicológica requerida en este método es una objetividad dirigida hacia uno mismo, como si los propios pensamientos y actos fuesen los de alguna otra persona a la que uno sólo conoce ligeramente. Ouspensky instruye (Walker, 1969: p. 40):

Obsérvate muy cuidadosamente y verás que no *tú* sino *ello* habla dentro de ti, se mueve, siente, ríe y llora en ti, de

la misma manera que llueve, escampa y vuelve a llover fuera de ti. Todo sucede en ti, y tu primera tarea es observar y contemplar cómo sucede.

Cuando el estudiante se da cuenta de que ha habido un lapso en la observación de sí mismo, hace que su mente extraviada vuelva a la tarea de contemplarse. Aunque diversos círculos de Gurdjieff utilizan una gama de técnicas, éstas son con frecuencia secundarias al recuerdo de uno mismo. La habilidad esencial que se busca es la capacidad de dirigir la atención a la observación de uno mismo. Ouspensky (1971) considera al estado de trance samadhi y el estado normal de identificación que «apriiona al hombre en alguna pequeña parte de sí mismo» como antitéticos con respecto a su objetivo. Como sucede con la meditación perceptiva, en el recuerdo de uno mismo los «cristales distorsionadores de la personalidad» se abandonan a fin de verse a uno mismo con claridad. En el recuerdo de uno mismo, como en la atención profunda y el zazen, uno se reconoce totalmente a sí mismo son comentario y sin nombrar lo que ve.

Otro ejemplo de los ejercicios gurdjieffianos de recuerdo de uno mismo es la concentración en un solo aspecto de la conducta cotidiana, como los movimientos de las manos o los gestos faciales, presenciándolo durante todo el día. Y he aquí otra instrucción para estos ejercicios: «Esté uno donde esté, haga lo que haga, ha de recordar su propia presencia y reparar siempre en lo que hace.» Estas instrucciones son paralelas a las que se dan para la atención profunda. Es posible que la similitud

entre los sistemas no sea accidental, pues tanto Gurdjieff como Ouspensky viajaron por tierras en las que el vipasana o técnicas similares se enseñaban precisamente para aprender tales métodos, y Gurdjieff tomó en préstamo, remodeló y transmitió considerablemente las enseñanzas orientales.

En el curso del recuerdo de uno mismo, el estudiante se da cuenta (como sucede en la senda de la percepción) de que sus estados internos están en flujo constante y que no existe un «yo» interior permanente. En cambio, ve un reparto interno de personajes o «rasgos principales». Cada uno, a su vez, domina el escenario y añade sus peculiaridades a la forma de su personalidad. Con la observación de uno mismo, la multiplicidad de estos yoes resulta evidente, pero luego se desvanece. A través de su observación, estos yoes pierden su influencia cuando el estudiante deja de identificarse con ellos. A medida que refuerza su yo observador y permanece separado de todos los demás, el estudiante «despertará», y al hacerlo sacrificará sus yoes cotidianos. Walker describe este estado de despertar como «una sensación de estar presente, de estar ahí, de pensar, percibir, sentir y moverse con cierto grado de control y no sólo automáticamente». En este estado, el testigo cristaliza como una función mental constante. El estudiante puede verse con plena objetividad.

Este orden de autoconocimiento es previo al estado superior, la «conciencia objetiva». En este estado, el estudiante no sólo se ve a sí mismo, sino que también ve todo lo demás con plena objetividad. La conciencia objetiva es la culminación del recuerdo de uno mismo. La conciencia

ordinaria no se desaloja, sino que se le sobrepone la objetividad plena. Esto aporta un «silencio interno» y una sensación liberadora de distancia del continuo murmullo mental. La experiencia del mundo en la conciencia objetiva se altera por completo. Walker (1969: pp. 47-48) describe este estado final en el adiestramiento de Gurdjieff:

El pequeño «yo» limitador de la vida cotidiana, el yo que insiste en sus derechos personales y su independencia, ya no está ahí para aislar a uno de todo lo demás, y en su ausencia uno accede a un orden de existencia mucho más amplio... cuando el clamor del pensamiento se extingue en el silencio interno, una sensación abrumadora de «ser» ocupa su lugar... Los conceptos limitadores como «tuyo», «mío» «suyo» carecen de significado... e incluso las viejas divisiones del tiempo en «antes» y «después» se han ahogado en la profundidad insondable de un «ahora» omnipresente. Así también ha desaparecido... la división entre el sujeto y el objeto, el concedor y lo conocido.

Bennett (1973) habla de siete niveles del hombre en el sistema de Gurdjieff, los últimos tres de los cuales corresponden al hombre «liberado». Estos tres niveles finales son gradaciones de conciencia objetiva. Como parte de su transformación en conciencia objetiva, uno alcanza la liberación de las influencias arbitrarias e irracionales de las fuentes internas y externas, respectivamente. La persona liberada en el sexto nivel, por ejemplo, es la misma que «el bodhisattva del budismo mahayana, o los gran-

Sendas de meditación: Panorámica general

des santos y *wadis* de la Cristiandad y el Islam. Ya no le preocupa su propio bienestar personal, sino que se ha entregado a la salvación de todas las criaturas».